



EN EL QUINTO CENTENARIO DEL MATRIMONIO DE LOS REYES CATOLICOS

por Demetrio Ramos

Por más resonante que sea un hecho, como forzosamente lo fue, en sus días, el matrimonio de la princesa Isabel, la importancia del mismo sólo se deduce si el acontecimiento se produce como cristalización de un proceso y si determina un resultado de largo alcance, que es en definitiva el que le categoriza. El hecho "islote" es únicamente valorable como anécdota. Pero el matrimonio de Isabel y Fernando no lo fue, precisamente por concurrir esas dos circunstancias estimativas: estar en función de una trayectoria y originarse de él algo tan decisivo como el alumbramiento de una forma activa de presencia en el mundo. Y esto es lo que nos proponemos destacar.

Cuando el cronista Andrés Bernaldez escribió, para resumir el significado del nuevo reinado, que entonces **"fue en España la mayor impinación, triunfo y honra e prosperidad que nunca España tuvo"**, lo que estaba haciendo —quizá sin darse cuenta— era una explícita declaración de que España era una realidad ya antes de que tal matrimonio y reinado se produjeran. En este sentido, creemos que, ciertamente, se valora en exceso el hecho mismo del matrimonio, para deducir de él nada menos que el nacimiento de España. Si así hubiera

sidó, si todo pudo estar a merced del capricho lúcido de la princesa Isabel —al otorgar su mano a D. Fernando como pudo concedérsela al francés—, tendríamos que convenir que muy frágil era aquello que por casualidad se producía. Sin embargo, ese esquema —síntesis escolar— no es exacto. El matrimonio y la trabazón de los reinos de Castilla y Aragón era una **conclusión** que venía impuesta desde lejos, en un proceso que los propios siglos medievales permitían augurar. El **Imperator totus Hispaniae** del rey Alfonso bien lo evidencia, como lo concluyó Alfonso de Palencia en su **Gesta Hispaniense**. Tal es el sentir que trasciende de las palabras del cronista Bernaldez al referirse al pasado con la mención a la “prosperidad que nunca España tuvo”. Esa idea de trabazón es la que se percibe en el mismo título que Alonso de Cartagena —que ni siquiera pudo llegar a adivinar aquella boda, por morir en 1456— dio a uno de sus libros: **Anacephalaeosis Hispaniae**; como fue el caso del eximio Rodrigo Sánchez de Arévalo, que tituló a una de sus obras **Compendiosa historia hispánica**. Y tal podríamos ver igualmente —para no citar más casos— en la empresa del célebre cardenal Carrillo de Albornoz, quien un siglo antes fundaba en Bolonia el “Colegio de San Clemente de los españoles”.

La misma extensión de la Casa de Trastámara al reino de Aragón —como pudo haber sido la de Aragón a Castilla— había acelerado el proceso, apuntado mucho antes ya, de no ser por las circunstancias que se impusieron al matrimonio de Urraca de Castilla y Alfonso I de Aragón. El hecho mismo de que casi todos los poetas de la corte napolitana de Alfonso V escribieran en castellano —ahí está el cancionero de Stúñiga—, sino en latín, indica hasta qué punto había llegado la interconexión. El desenlace era inevitable y la misma Reconquista le tenía planteado —Cuenca, los reyes de las Navas, los ejércitos del Salado, las campañas del Estrecho—, al evidenciarse la natural solidaridad en todos los momentos críticos. Los reinos españoles, aunque en la Edad Media fuera cada uno por su lado o

siguiera cada cual su vertiente, estaban inmersos en una misma historia: la de la Reconquista, y en una misma función, la derivada de otra circunstancia permanente, impuesta por la común participación en una posición geográfica, que llevaba a romper el tapón islámico del Estrecho y, como consecuencia, a jugar en la relación marítima entre los dos focos económicos: las repúblicas mercantiles de Italia y el industrioso Flandes. Y ambos polos eran los que Aragón y Castilla, cada uno por su lado, atendían, ligándose en el Estrecho, donde las dos coronas habían coparticipado también en los riesgos.

Quede, pues, claro que el matrimonio de Isabel y Fernando es una consecuencia, más que un determinante y, por consiguiente, que ellos no crearon una España que existía desde que las legiones romanas dieron inevitable sustancia política y comunidad de sentimiento y relación —como luego las huestes conquistadoras lo harían en la Nueva España— a una materia contornal y contenida. Y que la Edad Media —con la invasión islámica— desorganizó y anegó, pero no aventó. El Renacimiento, con la revalorización de todo lo romano, insoslayablemente imponía su restablecimiento.

¿Cuál es, entonces, la función que debemos asignar al hecho del matrimonio de Isabel y Fernando? Si no es la de crear una España ya preexistente, está fuera de toda duda que con ellos se articuló, en su pluralidad. Pero con ser bien importante esto, simplemente, sería término y final y, precisamente, si ello evidencia ser el resultado de una trayectoria, lo que nos interesa es plantear esa consecuencia que categoriza el valor del acontecimiento. En efecto, si por un lado está claro ese término y final de que hablamos, por otro es también innegable que significó un arranque. La trascendencia de este cambio conviene que la apreciemos con todo el sentido de novedad que imponía, al agotarse repentinamente el argumento recitado dramáticamente hasta entonces, puesto que se acaba la pugna colateral —familiar, diríamos— de reino con reino; se termina la Reconquista; concluyen las guerras sucesorias; finalizan las

luchas banderizas nobiliarias... Y, ante este cuadro liquidador, ¿qué hubiera podido decir un Juan de Mena, frente al futuro? Quizá aquello de que “se fuye toda figura”, en un fondo de insondable vacío, pues para los hombres de la primera mitad del siglo XV, la historia posible les resultaría inimaginable en esas condiciones. Crear una nueva Historia —una nueva tarea histórica— será el gran mérito: el arranque. Quizá esta incertidumbre es la que intuyó Joanot Martorell en su *Tirant lo Blanch*, al poner a su personaje en trance de arengar a su gente, pues “en altra manera, engolfats en la mar de cobardia, en nengun port d'onor arribaria nostra fama”.

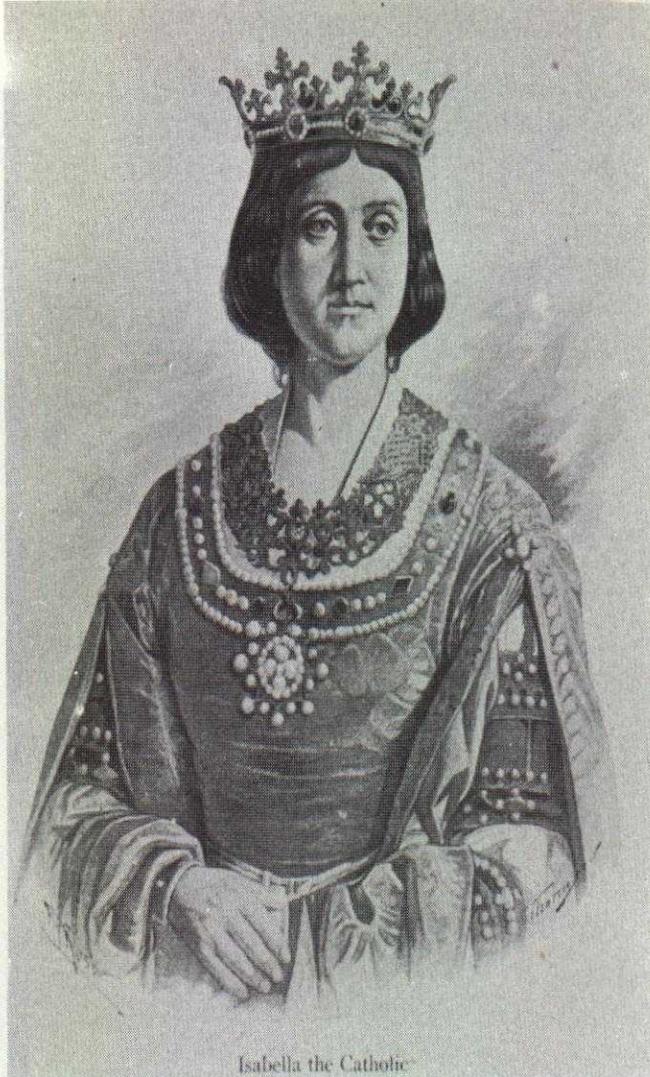
Pero, ante este segundo plano, el verdaderamente trascendente, debemos observar la realidad sin dejarnos seducir. Y decimos esto por la infección que padecemos, desde hace mucho tiempo, al ser víctimas de mimetismos de deslumbrados, que nos han sumergido en la corriente de la historiografía francesa. Los Reyes Católicos no iniciaron una tarea hegemónica, visión que aparentemente se deduce de esa función expansiva con la que tiñe su reinado. Los Reyes Católicos se volcaron en algo muy distinto: en una universalización, lógica además en aquella época renaciente, y que en cierto modo venía a aprovechar el módulo de la solución conciliar del Cisma de Occidente y, no menos, la larga pugna de las investiduras, pues si la conciliación de los cristianos había sido posible para resolver en la ordenación religiosa el cisma, otro tanto cabía esperar para la ordenación pacífica, en lo temporal, de todos los cristianos.

Rodrigo Sánchez de Arévalo, nombrado obispo de Palencia justamente el mismo año de la boda de Isabel y Fernando, escribió su **De Monarchia Orbis**, que puede ser vista, con otros textos paralelos, como formulación teórica de esa idea de la concordia cristiana, por la que también abogaba el gerundense Juan de Molés Margarit. Tal aspiración no es inexplicable, en un momento en el que el arrollador oleaje turco constituía, tras la toma de Constantinopla, una amenaza creciente, de la que se resentía la misma Italia, donde Sánchez

de Arévalo vivía. Por otra parte, esa concordia venía predeterminada en una circunstancia, cuando los intelectuales humanistas rompen distancias y fronteras, para viajar por todas partes —del mismo modo que mantenían entre sí contactos epistolares— y establecerse en cualquier ciudad como ciudadanos del mundo del saber. Tal los que vienen a España, como los que salen de ella. Un caso —a título de ejemplo— le tenemos en el célebre Fernando de Córdoba, que conoció en 1444 a Lorenzo Valla en Nápoles, en 1445 se presentó ante la Universidad de París, después fue a Gante, luego pasó a Colonia, para ir más tarde a residir a Génova y Roma. Y no olvidemos que es ahora cuando la maduración y plenitud de las Universidades da como resultado —de acuerdo con su denominación— la universalidad del mundo cristiano. Este clima de humanismo es el que recogerán los reyes en esa genial síntesis de ideas de catolicidad y renacientes. El mote alejandrino que toma D. Fernando, el "Tanto Monta" referido al trance del nudo gordiano, bien proclama idéntica tendencia de arranque universalista, en paralelo a la del genial macedonio, tras la concordia de los griegos para una tarea común.

Aquel universalismo, lo que en realidad —como es natural— sólo podía ser entonces europeísmo, tenía que apoyarse en los dos pilares: Italia y Flandes, pero Francia, en ambos campos, tenía sus miras propias. Las otras vías, Africa y América, eran la tarea. Inexplicable, de otra forma, sería la protección a la aventura colombina y, más aún, la política americanista impuesta por Isabel, que obligó a renunciar a Colón al gran negocio esclavista propuesto, tan normal en la sociedad de aquel tiempo.

Los Reyes parecían pretender llevar al ámbito extraespañol su propia experiencia peninsular, para crear así una pax universal del mundo civilizado, es decir, de la cristiandad. Ese es el ecumenismo que hacía llorar a la Reina —precisamente en Medina del Campo— cuando llegaban las noticias de la guerra de Italia, impuesta por la ambición francesa, aunque tales noticias hablaban de victorias. Nos lo cuenta Martir de Anglería, en una carta de enero de 1504, en la



Isabella the Catholic

que decía: "nuestra Católica Reina, en todo el tiempo que parecía soplar la prosperidad, no mostraba el menor asomo de alegría. No hace más que repetir, entre suspiros, que hubiera preferido que toda aquella sangre se hubiera guardado para ir contra los enemigos de nuestra religión". Tal actitud fue permanente, hasta el extremo que, con ocasión de la campaña del Rosellón, según lo cuenta también Martir en carta del 1 de noviembre de 1503, "llegado el día en que supo había de darse la batalla, recorrió (la Reina) los monasterios de religiosos... mandándoles... hicieran fuerza a los cielos para que no permitiesen se derramara sangre de cristianos, y el Divino Espíritu inspirase a los franceses y los indujera a no esperar el encuentro. Su principal solicitud consistía en que los franceses escaparan con bien, pues se temía o que perecieran todos o que cayeran prisioneros...". ¡Cuando quien mandaba las tropas que les combatían era precisamente el propio rey Fernando! Algo tan actual como el entendimiento de los pueblos, la concordia cristiana, era lo que pretendía, para que esa Cristianidad pudiera actuar sobre el mundo infiel —los turcos— y hacer posible la evangelización de los paganos.

Pero frente a ese propósito de la concordia cristiana se situó la herejía política —herejía que precedió a la religiosa— que sustentaba Francia. Carlos VIII y su sucesor inventaron el nacionalismo, con el que se opusieron al ecumenismo. Y de esa pugna entre nacionalismo y concordia cristiana se derivaría toda la historia de los siglos XVI y XVII, en la que no se opusieron un nacionalismo a otro, según la historiografía francesa ha extendido, sino dos versiones diferentes de entender el mundo. De aquí la fácil alianza de Francia con la herejía religiosa, que hizo impracticable la concordia cristiana.

Hoy, bajo otros principios, está intentándose conseguir lo que Isabel y Fernando pretendieron —la concordia pacífica de los pueblos—, aunque sin denominación concreta de cristiandad, es decir, sin el imperativo trascendente que ellos tenían delante, pues el mundo plural de nuestros días no era entonces concebible, en un marco de ideas a la romana, en el que la distinción entre Roma y bárbaros se había traducido por la de cristiandad e infieles. Pero el reinicio actual, evidentemente, es el mejor elogio de lo que se derivó de aquel feliz matrimonio que hoy conmemoramos.

LA BELLEZA



La verdad, la bondad y la belleza forman la tríada de conceptos que han sido considerados en conjunto en la tradición del pensamiento occidental.

Se les conoce por los tres valores fundamentales, ya que el valor de cualquier cosa se estima en relación con cualquiera de ellos. Sin embargo, otros términos, tales como el placer o la utilidad, han sido sugeridos como valores adicionales o variantes significativas de los tres valores llamados fundamentales. El placer y la utilidad, por ejemplo, han sido sostenidos por Spinoza y Mill, como el medio más eficaz para juzgar la belleza y la bondad.

La verdad, la bondad y la belleza, separadas o en conjunto han sido el meollo de la antigua controversia concerniente a la objetividad y la subjetividad, la universalidad y la individualidad, de las mismas. En algunas épocas ha existido la creencia de que la diferencia entre la verdad y la falsedad; el bien y el mal; la belleza y la fealdad, tiene su base y garantía en la naturaleza misma de las cosas y que los juicios del hombre respecto a estas cosas están condicionados por diversas circunstancias. El hombre aprecia la verdad, la bondad y la belleza, según el efecto que ejerzan sobre él.

Lo que para un hombre puede parecer bueno, para otro puede parecer maligno. Lo que parece feo y falso pudo haber sido bello y verdadero para diferentes hombres en diferentes épocas.

Para Spinoza la bondad y la belleza son subjetivas, mas no la verdad. Las nociones del bien y el mal, la belleza y la fealdad, no se conforman con nada en la naturaleza de las cosas. El ignorante —dice Spinoza— llama a la naturaleza de una cosa, mala, pútrida o corrupta, según es afectado por ellas. Por ejemplo, si el impulso mediante el cual los nervios son afectados por los objetos representados en el ojo, proporciona un bienestar, los objetos causantes de ello son llamados bellos; mientras que los que proporcionan un impulso contrario son llamados deformes.

La belleza ha sido considerada frecuentemente como subjetiva y relacionada con el juicio del individuo. El dicho común que dice: "En gus-

tos se rompen géneros", se aplica generalmente a la esfera de la belleza más bien que a la de la bondad y a la de la verdad. La belleza es controversible —escribe Hume— pero el gusto no. Ningún hombre pone en tela de juicio sus concepciones sobre la belleza, pero sí la justicia o la injusticia de sus acciones. Las concepciones de la verdad y de la bondad, aparentemente poseen cierta universalidad o cuando menos se consideran como algo acerca de lo cual los hombres pueden llegar a cierto acuerdo en sus discusiones, no así la belleza, ya que se considera inútil discernir sobre ella. Ninguna base objetiva puede ser establecida para dirimir las diferentes opiniones, si consideramos a la belleza como perteneciente al gusto individual.

Montaigne dice que cambiamos sus formas según nuestro gusto y apetito. Los indios la pintan negra y delgada, con grandes labios, nariz chata y atravesando su cartílago con grandes anillos de oro para hacerla descender hasta la boca... En Perú, las orejas grandes son las más bellas y procuran alargarlas lo más posible... En otras regiones la gente toma sumo cuidado en ennegrecer su dentadura y les disgusta lucirla blanca. En otras partes la gente la tiñe de rojo... Para los italianos la belleza es gruesa y abultada; para los españoles es delgada y fina; para algunos de nosotros la belleza es negra y para otros blanca; para otros más, suave y delicada, fuerte y vigorosa. Para los epicureístas la belleza fue el cuadrado y la pirámide, arguyendo la preferencia de Platón por la figura esférica ya que no podían aceptar a dios bajo esta forma.

La belleza no puede definirse en el sentido estricto de la palabra. No obstante ha habido muchos intentos para establecer con la brevedad que implica, una definición de lo que es la belleza. Con frecuencia la bondad, el deseo y el amor, entran a formar parte correlativa de estas definiciones.

De Aquino, por ejemplo, nos dice que la belleza es igual a la bondad y que difieren sólo en su aspecto. La bondad atempera el deseo, y la belleza atempera el deseo por medio

de la visión y el convencimiento. Según el mismo autor, lo bueno es lo que satisface simplemente el apetito, mientras que lo bello es lo que satisface la sensibilidad.

Por su relación con el poder cognoscitivo, Santo Tomás de Aquino define lo bello como aquello que agrada por medio de la visión, continúa diciendo, que en la debida proporción la belleza consiste en el deleite de los sentidos obtenido de las cosas adecuadamente proporcionadas, debido a que los sentidos son una especie de razón como lo son cada uno de los poderes cognoscitivos.

El placer o deleite que implica la percepción de la belleza pertenece al orden del entendimiento más bien que al del deseo o al de la acción. Y este conocimiento es diferente al que es inherente a la ciencia ya que concierne al individuo más bien que a las naturalezas universales y ocurre intuitiva o contemplativamente, sin necesidad de razonamiento y juicios. La verdad y la bondad existen en la belleza pero de una manera muy particular. Obvio es decir que para comprender las palabras de Aquino, tenemos que comprender también sus teorías sobre la verdad y la bondad. Sin embargo, consideremos las palabras dichas por Eric Gill al respecto: "Busca la verdad y la bondad y la belleza vendrá por añadidura."

Si definimos la belleza en términos del placer, la relacionamos con el individuo, ya que lo que proporciona placer a un hombre —inclusive placer contemplativo— no le puede parecer agradable a otro. Sin embargo, nótese que el placer en cuestión es atribuido al objeto como a su causante. Por lo tanto, es lógico preguntarse cuál es la causa en el objeto de tan peculiar satisfacción. ¿Puede un mismo objeto causar agrado en una persona y desagrado en otra? ¿Son estas reacciones opuestas el resultado de la sensibilidad del individuo?

Santo Tomás especifica ciertos elementos objetivos de la belleza o **condiciones** como él les llama y que son la integridad o perfección, ya que las cosas dispares son por el mero hecho feas; proporción debida o armonía y por último claridad o brillantez, ya que las cosas que poseen un color

brillante son llamadas bellas. Haciendo a un lado las reacciones individuales, los objetos pueden diferenciarse según el grado en que posean tales propiedades o condiciones capaces de agrandar o disgustar por medio de la visión.

Esto no quiere decir que la reacción del individuo esté de acuerdo invariablemente con las características objetivas del objeto contemplado. Los hombres se distinguen unos de otros según sea el grado de buena percepción y juicio recto que posean, así como los objetos difieren entre sí según sea el grado en que tengan las características y elementos de la belleza. En esta controversia o sea la objetividad y subjetividad de la belleza, parece existir una posición intermedia entre los dos extremos que insiste sobre la belleza intrínseca del objeto sin menguar la importancia que tiene la diferencia de sensibilidad en los individuos.

Para William James la belleza posee cierta objetividad y el buen gusto para él es la capacidad de ser complacido por los objetos capaces de producir tal experiencia; pero también, al decir que una nota musical suena bien con su tercera y su quinta reafirma la importancia que tiene la sensibilidad del individuo.

Según Kant, la belleza agrada inmediatamente, ajena a cualquier clase de interés. El placer derivado de esta experiencia se puede decir que es único, desinteresado ya que no se adapta a los fines e intereses del hombre. La experiencia estética es para Kant, única y su juicio se le puede considerar como universal, válido para cada hombre, no obstante, es incognoscible por medio de cualquier concepto universal. En otras palabras cada juicio estético es único y singular y no se aplica en este concepto a una clase de objetos. Sin embargo, poseen cierta universalidad ya que no son únicamente la formulación de un juicio particular.

Al afirmar que los juicios estéticos tienen una universalidad subjetiva y no objetiva y que la belleza es un objeto de necesaria satisfacción, Kant parece adoptar la posición intermedia, que reconoce la subjetividad del juicio estético sin dejar de considerar que la belleza es en cierta



forma una propiedad intrínseca de los objetos.

En esta tradicional controversia surge el problema educacional de cómo cultivar el buen gusto y la habilidad para discernir críticamente la belleza de la fealdad.

Si la belleza es enteramente subjetiva, dependiente de la sensibilidad individual, no existe ninguna pauta, excepto por la conformidad con los niveles establecidos y por las costumbres de la época y lugar, mediante la cual podemos apreciar el buen gusto de los individuos. Y si la belleza es simplemente objetiva, condicionada por la observación, como son las cualidades sensitivas, no tendríamos necesidad de un aprendizaje especial para perfeccionar nuestra percepción.

El problema educacional respecto a la belleza podría resolverse si el educador rechaza estos dos extremos, lo que le permitiría tratar de desarrollar la sensibilidad del individuo junto con el criterio objetivo de la belleza.

Actualmente la belleza está restringida a las bellas artes y se analizan las excelencias de la poesía, música, pintura y escultura. Como consecuencia el significado de la palabra **estética** se ha consignado gradualmente y casi exclusivamente a la apreciación de los trabajos de las bellas artes, cuando debería aplicarse tanto a las bellezas naturales como a los trabajos estéticos del hombre.

¿Está la belleza de una flor o de un campo determinada por los mismos factores que la belleza de un paisaje plasmado en un cuadro? ¿Son acaso las mismas causas y elementos de la belleza artística que los de la belleza natural o percepción de la belleza en la naturaleza?

Aristóteles atribuye los mismos elementos tanto al arte como a la naturaleza al decir que: "Para ser bella cualquier criatura viviente y cada conjunto compuesto de partes, no sólo tiene que presentar cierto orden en su conjunto, sino también ser de cierta magnitud." La unidad, la proporción y la claridad son los elementos que deben ser comunes a la belleza en cualquiera de sus interpretaciones ya sea natural o artificial.

Kant toma una dirección opuesta

al afirmar que el interés y los fines de la belleza en el arte difieren de la belleza natural. Para Kant como para sus predecesores, la naturaleza es el modelo o arquetipo del cual las bellas artes toman sus modelos y considera al arte como imitación de la naturaleza. El mismo autor nos dice que debemos buscar lo sublime no en las obras de arte... ni aún en las cosas de la naturaleza que son finitas, sino en la naturaleza misma que es inconmensurable.

A la verdad usualmente se le asocia con la percepción y el pensamiento, la bondad con el deseo y la acción. Ambas han sido relacionadas con el amor y de diferente manera con el placer y el dolor. Todos estos términos entran a formar parte en la polémica tradicional sobre la belleza; en parte como definición y en parte en la consideración de las facultades que intervienen en la experiencia de la misma.

¿Es la belleza objeto de amor o de deseo? La respuesta a esta pregunta varía si tomamos en cuenta las diferentes concepciones del amor y del deseo. El deseo se considera como fundamentalmente adquisitivo, dirigido hacia la apropiación de un bien, mientras que el amor, por el contrario, no busca el enriquecimiento personal, sino más bien con generosidad busca el bien del ser amado. En este contexto la belleza parece estar más estrechamente asociada con un bien que es amado que con otro que es deseado.

El amor, sin embargo, tiene una relación más estrecha con el entendimiento que con el deseo. La contemplación es considerada como la unión con un objeto a través del amor y el conocimiento. De acuerdo con esto último y con las teorías sobre la belleza, ésta está relacionada estrechamente con el amor ya que se considera que la belleza es primordialmente un objeto de contemplación.

Platón piensa que es privilegio de la belleza el ofrecer al hombre un rápido acceso al mundo de las ideas. También nos dice que cuando el alma se refresca en las aguas de la belleza su temor se esfuma y no sufre más dolores y preocupaciones. Este estado de éxtasis provocado por la

belleza es a lo que los hombres llaman amor.

Darwin contradice la intelectualización de la belleza hecha por Platón y la asocia con el placer sensual y la atracción sexual. Cuando Darwin considera el sentido de la belleza lo limita enteramente a los colores y sonidos utilizados como **atractivos del sexo opuesto**. Para Freud, igualmente la belleza surge de los dominios de la sensación sexual. Darwin prosigue diciendo que el gusto por la belleza, al menos en lo que respecta a la belleza femenina, no es de una naturaleza especial en la mente humana.

Por otra parte, Darwin atribuye únicamente al hombre una facultad estética mediante la cual es capaz de apreciar la belleza desasociada del amor y el sexo. Nos dice también que: "Ningún otro animal es capaz de admirar un cielo estrellado, un bello paisaje o escuchar música selecta; pero que tales gustos son adquiridos a través de la cultura y dependen de muy complejas asociaciones y que no son disfrutados por los bárbaros o gentes sin educación." Para Freud la apreciación de tales bellezas permanecen esencialmente sexual en su motivación, no importa lo sublime que sea su origen. Afirma que el amor y la belleza son principalmente los atributos de un objeto sexual.

Consideremos ahora la relación de la belleza con el intelecto, la percepción y el pensamiento. O sea la existencia de la belleza en el orden de los objetos puramente inteligibles y su relación con la belleza sensible de las cosas materiales. Plotino nos dice que cualquier clase de belleza proviene de una **forma** o **razón** y lleva a la belleza de los cuerpos como a la de las almas a su fuente de origen que es la eterna inteligencia. Esta belleza intelectual fuera del alcance del deseo, así como también de la percepción sensorial, únicamente le es debida admiración o la adoración del amor.

Los tratados de moral consideran la belleza espiritual del hombre virtuoso; los cosmólogos, filósofos y científicos encuentran la belleza en la estructura y el orden del universo. Los poetas y dramaturgos cristali-

zan la belleza en la escena, en un rostro, en una palabra; y sobre todo los teólogos, que a pesar de sus esfuerzos sólo logran dar una idea del inefable esplendor de la infinita belleza de Dios. Belleza, que con la verdad y el amor, se funde en la absoluta perfección del ser divino.

Diotima, a la que Sócrates describe como su maestra en el arte de amar nos dice que: "si un joven principia por amar una forma hermosa visible se apercibirá prontamente que la belleza de una forma es del mismo género que la belleza de otra y por lo tanto es insensato no reconocer que la belleza en cada una de las formas es una y la misma para todas. Después disminuirá su violento amor por la forma individual para convertirse de amante de las bellas formas, en amante de la mente, ya que se convencerá que esta belleza es más honorable que la belleza superficial de la forma. De esta manera amará en seguida la belleza de las leyes e instituciones y después de esto sabrá apreciar y amar la belleza de las ciencias". Diotima acaba por decir que: "el verdadero amor principia con las bellezas de la tierra para luego seguir ascendiendo hasta llegar a amar la belleza absoluta".

Para Plotino los grados de la belleza corresponden a los grados de emancipación de la materia. Mientras más material sea, más débil es la belleza. Un objeto es feo, porque sin estar dominado por la forma y la razón, la materia no ha sido completamente animada por la idea. Si una cosa pudiera existir sin la forma y la razón, sería la fealdad misma; no obstante, todo lo que existe posee forma y razón hasta cierto punto y participa de la resplandeciente belleza del Supremo.

En esta vida cada experiencia de la belleza —en la naturaleza o el arte, o en las cosas sensibles o intelectuales— es como una visión, un momento de contemplación y bienestar desligado del deseo y de la acción y fuera del alcance de las articulaciones del análisis y de las demostraciones racionales.

Tomado y traducido del libro: **THE GREAT IDEAS**.

MIEDO A LA VIDA O A LA MUERTE

Por Providencia Kardek

Las crisis vienen y van, la guerra fría altera periódicamente la armonía precaria existente en el mundo y las normas sociales evolucionan y cambian constantemente, pero los principios espirituales permanecen inmutables, debido a que están cimentados en las verdades eternas.

El espiritualista está en una posición privilegiada en virtud de su conocimiento espiritual. Permanece, o debe permanecer, imperturbable y firme a pesar de todas las tribulaciones que le afligen en el mundo en que vive.

No ve el mundo temporal desde el punto de vista del materialista. Posee una visión más amplia y una perspectiva más real gracias a su evidencia irrefutable de que la vida tiene un fundamento espiritual. Está convencido de que habita la tierra sólo temporalmente.

Cuando la muerte llega, como tiene que suceder, continuará existiendo con mucha mayor libertad y con mayores privilegios y oportunidades.

Este conocimiento le confiere el valor de afrontar no sólo sus dificultades y sufrimientos personales, sino también el tomar con ecuanimidad los obstáculos y penas que durante su vida encontrará en su paso por la tierra.

Sabe que nada de lo que pueda sucederle en la tierra puede hacer daño a su ser, a su espíritu que habita dentro de su cuerpo y que nada podrá impedirle obtener la experiencia necesaria para la próxima etapa de su progreso eterno.

Por su concepción de la vida espiritual y su entendimiento de los designios divinos, se mantiene optimista no obstante las dificultades individuales, nacionales e internacionales que puedan surgir.

No siente temor del mañana como tampoco terror de la muerte, pesadilla de millones de hombres. Su entendimiento de las leyes naturales hace que considere el universo como una creación divina y que su creador ama con infinito amor a todos aquellos que poseen, como parte de su herencia, la chispa divina del alma.

De ella obtiene su fuerza, de esa porción del divino espíritu que es la esencia de su legado al nacer y que está ligada al divino manantial, se alimenta y fortalece de acuerdo a su capacidad y receptividad. Sostenido, alimentado e inspirado por esta fuente, está capacitado para obrar lo mejor posible en cualquier circunstancia.

Sus conocimientos están aunados a la fe, porque su vida está basada y asegurada en las verdades espirituales.

Sabe que en todo momento está rodeado de seres espirituales, y que está unido a ellos por lazos de amor, afecto o amistad y cuyo único deseo es el de ayudarlo a alcanzar su destino real.

Verdaderamente, en este mundo tumultuoso, el espiritualista está colmado de bendiciones.



JOSE MARIA PEMAN: POETA

Para fecha muy próxima proyecta la revista malagueña CARACOLA un homenaje a José Ma. Pemán.

Cuando supe la noticia, experimenté gran satisfacción, pues estimo dicho homenaje de estricta justicia. Creo, con firme convicción, que es Pemán el mejor poeta español de nuestros días.

Y esto lo digo sin reserva alguna, con el deseo de que nadie vea en mi afirmación ningún atisbo crítico. Es, sencillamente, la sincera opinión de un lector de poesía que, casi desde niño, ha sentido afición por los libros de poemas.

En una entrevista que me hizo Emilio Marín Pérez en el número de EL CORREO GALLEGO correspondiente al 15 de marzo de 1963, a su pregunta "¿Cuál es tu poeta número uno en la España de la actualidad?", respondí sin pensarlo mucho: "José María Pemán".

Pero no sólo destaca el ilustre escritor que motiva estas líneas en el cultivo de la poesía, es también —como es sabido de todos— un gran periodista, un excelente autor teatral y un ameno conferenciante que cautiva a todos los auditorios.

Hagamos hincapié, sin embargo, en su labor poética. Sin duda es ésta lo mejor de Pemán. Quiero apoyar mi afirmación en unas palabras del culto publicista Luis María Ansón que entresaco de un artículo publicado en el número de "A B C" del 28 de marzo de 1962:

"... Los españoles son propensos a negar lo que ignoran, y la poesía de Pemán ha sufrido ataques violentos e injustos. Pero, dígame lo que se quiera, lo mejor del gran escritor es precisamente el poeta"...

"Leyendo sus versos, yo me atrevería a afirmar que Pemán admira a San Juan de la Cruz, que ama el desgarró de Pablo Neruda, la fuerza de

Miguel Hernández, la sencilla desnudez de Juan Ramón. Y de Machado, la melancolía. En ese campo tan duro y blando, tan ancho y estrecho, de la poesía, es donde se encuentra, pese a quien pese, José María Pemán."

Hago mías estas atinadas aseveraciones.

Pemán es fértil inspiración; elocución pulcra, diáfana, original; elevación de conceptos; delicadeza y emotividad.

Su verso es claro, cristalino como manantial entre peñas. Su estrofa, cincelada, ágil y garbosa en su andadura.

¿Es su verso clásico?... Si entendemos por clásico lo logrado y bueno, sí. Pero su clasicismo discurre, desde luego, por caminos de alucinante renovación.

Véase, si no, la gracia, la espontaneidad, la belleza, la abundancia de imágenes felices de su conocido poema "Soledad", seleccionado en las "Mil mejores poesías de la lengua española", que reproduzco parcialmente:

**Soledad sabe una copla
que tiene su mismo nombre:
Soledad...**

**Tres renglones nada más.
Tres arroyos de agua amarga
que van cantando a la mar.**

.....
.....
**Y total, ¿qué más da?
Tres versos. ¿Para qué más?
Si con tres sílabas basta
para decir el vacío
del alma que está sin alma:
Soledad.**

Y con este fragmento del bello poema pongo punto final a este elogio de Pemán como poeta número uno de la España de nuestros días.

Por José Maqueda Alcaide

LA MINERIA EN EL NUEVO MUNDO

Con este título acaba de publicar el Lic. Carlos Prieto un interesantísimo libro de profundo estudio histórico sobre la Minería en el Nuevo Mundo.

En este campo es donde don Carlos Prieto hace gala de esa enorme erudición histórica a que sólo los muy especializados en la materia pueden aspirar, por el acervo cultural que muestra.

Sin dejar de la mano el tema principal del libro, de una manera precisa comenta el valor y lo que representó en su época la minería en el Nuevo Mundo, comparando y analizando el valor potencial, económico y moral de la materia al hacer una detallada y analítica cronología del descubrimiento de los metales en todo el Continente.

Señala en brillantes párrafos el autor, como desde la leyenda de Jasón y los aeronautas "hasta la última y reciente conmoción en la libra esterlina" la búsqueda del oro y otros metales preciosos ha sido siempre

afán de los hombres.

Pero añade, con su ánimo de firmeza española, que en este afán el español puso menos que en el deseo de colonizar y proyectar en las tierras recién descubiertas un horizonte de humanismo que ninguna nación ha podido igualar.

Poco a poco el señor Prieto nos lleva a la materia de su estudio y la inicia refiriéndose a las minas del Cerro Rico de Potosí que, a 4,200 mts. de altura sobre el nivel del mar, en plena cordillera de Los Andes es testimonio del paso del imperio español, y prueba de ese esfuerzo sin paralelo, fue el nacimiento de 20 naciones que por su personalidad y su cultura forman parte del mundo occidental.

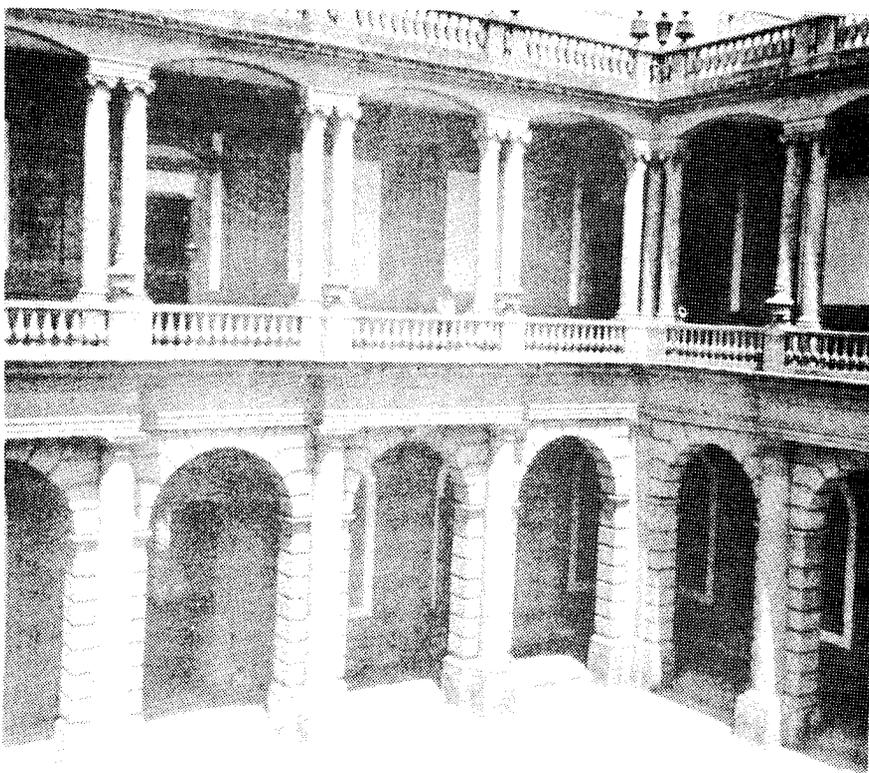
Todo el alto Perú, toda la región dominada por las hoy todavía casi inaccesibles montañas, vieron el esfuerzo de los mineros españoles que fundaron ciudades con sabor y nombre de las tierras lejanas: Medina, Sevilla, Logroño, Zamora y tantos lugares más con realidad andina y cordón umbilical hispano, de donde se extraía pepitas de oro que llegaban a pesar hasta 4 libras.

Con su fiera decisión al servicio de sus afanes, los españoles buscaban el oro para mejor servir a su patria y también para fundar nuevos pueblos.

Prieto nos habla del Cerro de Potosí, del descubrimiento de sus famosas minas por los indios Guallpa y Guanca quienes se asociaron con el español Villarroel. Minas que han pasado a la historia como sinónimo de riqueza hasta el punto de incorporarse con este sentido a nuestra historia.

Humoldt, ese propagandista eterno de América hispana y enamorado de la belleza de México, pone en cifras lo que significó en el curso de dos siglos y medio de dominio español la riqueza del Cerro del Potosí, riqueza que no fue estéril pues como todo lo español sirvió para el nacimiento de estas nuevas patrias de la América nuestra.

"La creación de estos importantes centros de trabajo minero —dice Prieto— exigía un avituallamiento de ropa y utensilios, herramientas y máquinas, animales y carretas para el



trabajo y el transporte y habitaciones para los mineros. Ello dio lugar a que se abrieran desde un principio tierras a la agricultura; que se estableciera un comercio y una industria, así como talleres de oficios diversos, cuyo desarrollo siguió la suerte y los altibajos de las explotaciones mineras”.

Hablan quienes con un “desinterés” interesado tratan inútilmente de denigrar la labor de España en América, que las actividades mineras hicieron que se perjudicara el crecimiento armónico de los nuevos países.

¡Una falacia más!: para probarlo basta mirar, como dice Prieto “los llanos que se extienden desde Salamanca hasta las inmediaciones de Silao, Guanajuato y la Villa de León”. Recoge el autor lo escrito por Humboldt y explica que la fundación de una ciudad seguía inmediatamente al descubrimiento de una mina considerable, y así la Nueva España, como todas las demás colonias de América iban surgiendo de la montaña árida o de la campiña feraz, gracias, no al colonaje, y sí, al generoso colonialismo de los españoles.

Se refiere el Lic. Prieto a la fundación del Real Seminario de Minerías, obra de cultura que preparó la técnica de las generaciones del siglo XIX, y que fue semillero para que talentos de máxima capacidad aportaran sus conocimientos y su esfuerzo en beneficio de la Nueva España.

Cita a dos de ellos cuyos nombres destacan en los siglos XVIII y XIX: Fausto de Elhuyar y Zubice y Andrés Manuel del Río.

Riojano el uno, madrileño el otro, ambos representantes de esa cultura firme de que supo rodearse Carlos III. Rey éste, sin duda, uno de los más capaces que la dinastía borbónica haya dado, y quien monopolizó para la metrópoli el tesoro que representan para un país sus cerebros privilegiados; los que envió hacia América con el afán de hacer progresar a las colonias y con el hidalgo desprendimiento de un país que nunca contó en reales sus aportaciones y que se atuvo durante tres siglos de dominio, mucho más al espíritu que a la materia.

Llegó así la inevitable indepen-

dencia... Las naciones como los hombres salen del hogar familiar para formar otros hogares. Pero siguen unidos al primario por el apellido, por la sangre, por la tradición, por el modo y por el ambiente.

Prieto en su libro explica que todavía en nuestra última fase de la presencia política de España en su mundo americano, los mineros desempeñaron un papel fundamental en el advenimiento de la insurgencia que subrayó su historia y representó un epílogo tan brillante como el prólogo había sido.

El capítulo XI del libro de Carlos Prieto lleva como título evocador “Termina el proceso”.

Y termina con igual brillantez con que se inicia. Brillantez que no se empaña ni por discordias circunstanciales, ni por efemérides que no alteran el contenido de la historia.

En el ayer de América está España; en su presente también, y en tal presente como en aquel pasado, el minero es dentro del colonizador hispano una figura que destaca en el cuadro de la obra inmensa de España en las tierras a las que dio una nueva vida, con su sangre, con su ingenio, con su desinterés, con su hidalguía, con su consistencia y con ese fenómeno único del mestizaje que funde dos civilizaciones en una sola y arraiga lo español en lo indígena para hacer surgir naciones de estirpe hispana y de tez morena.

El libro analizado nos lleva así, del descubrimiento a la transfiguración. Prieto menciona al ilustre escritor Jaime Torres Bodet cuando dice que España escribió en América los capítulos más felices de su historia.

Y para poner punto final a su obra señala con justicia que “el mejor legado que España pudo hacer e hizo a América y al mundo fue crear un grupo de naciones de habla castellana y cultura helénica, cristiana y europea, parte ya importantísima del llamado mundo occidental.”

Libro el de don Carlos Prieto que nos conduce a los momentos más trascendentes de la Historia de Latinoamérica, nos lleva desde la infancia de nuestra nacionalidad hasta nuestra edad adulta y para ello el

cauce que elige es el del minero, esforzado representante de los pioneros del hispanismo en nuestros montes y en nuestros valles.

Es una imagen fuerte, con trazos veraces que ponen al desnudo la realidad de una gesta constructora que muchos han tratado de ocultar o de vilipendiar.

Las naciones americanas son hoy, con sus contradicciones y sus problemas, una realidad tangible en el concierto mundial, y merecen los mejores elogios por haber sabido estructurarse de modo vertical.

Pero es de justicia recordar que en la parte más importante de su “yo”, cada país hispano de América lleva la huella del colonizador fuere misionero, poblador o minero.

La obra de Carlos Prieto, al recordarnos estas gestas, rinde tributo a la verdad, y justifica su trayectoria personal.

Es de admirar la extraordinaria figura de Carlos Prieto, ya que se aunan en él, singulares y contradictorias cualidades: hombre de vasta cultura, universitario, músico y musicólogo e historiador. A todas estas actividades dedica gran parte de su tiempo y admiramos que le quede espacio para dirigir una de las más grandes empresas del país.

En su libro, como dice en el prólogo Pedro Laín Entralgo, “... con visión de águila y visión de hormiga, los dos modos de ver el pasado que exige la faena de escribir historia, ha sabido percibir y presentar en un espléndido retablo lo mucho que la sed de oro y plata durante los primeros decenios de la conquista y una minería cada vez más compleja, técnica y afinada en los siglos subsiguientes, han hecho para que la América Hispánica sea lo que hoy es”.

Panorama logrado por el historiador, y al volver el rostro desde aquel pasado a este presente, nuestros caminos, nuestras ciudades, nuestros monumentos, nuestros logros, nuestra lengua y nuestra cultura cantan la presencia de aquella España eterna que Prieto nos exhibe a través de la historia de la “Minería en el Nuevo Mundo”.

JOAQUÍN COSTA: SO- CIO- LOGO

Costa, junto con Ortega, Unamuno, y Ganivet, fueron los pilares de la Generación del 98.

por Juan López

Cuando tanto elemento popular, desorbitado, vive condicionado al marxismo como si éste fuese la panacea del siglo, constituye un sedante para el atribulado corazón del hombre, a la vez que un glorioso remanso de paz espiritual, bañarse en las aguas inmensas del patrimonio cultural y comunero yacente en el gran océano de la cultura humanística, comprendida en las diversas escuelas sociológicas. Singularmente la cultura hispánica.

Los españoles, y por extensión los iberoamericanos, disponemos de inagotable caudal; filones inexplorados de nuestra historia que se nutren de la contribución de pensadores y hombres insignes; exponentes del acervo sociológico de todos los pueblos que forman la familia hispánica. En mucho, estos trabajadores de la inteligencia, creadores de grandes ideas destinadas a la empresa de regeneración y emancipación del hombre en el perenne esfuerzo que realiza, con su razón, para despojarse de los vestigios de bestialidad inherentes a la descendencia animal; en mucho, repetimos, estos pensadores se adelantaron al rabino Carlos Marx, y a sus exégetas y panegiristas, dinamizando los movimientos sociales que tienen por objeto reformar, o transformar, las estructuras políticas y económicas de la sociedad. Pero aquel "anticiparse" a la solución del conflicto social y humano provocado por las injusticias que genera la usurpación de bienes procedentes del trabajo, o los originados por abuso de poder, tenía designios muy distintos a los que en nuestros días son atribuibles a las tendencias seudofilosóficas de contextura materialista.

Sin el menor atisbo xenofóbico ni patriotero, queremos fijarnos en los que fueron, dentro del ámbito hispano, pioneros impulsores de nuestra sociología. Pues indudablemente existe, al respecto de tan importante tema, una auténtica escuela española. Tiene ésta en Joaquín Costa al más genial y autorizado cronista, verdadero monumento del patrimonio cultural hispano.

¿Quién es Joaquín Costa y qué representa en los antecedentes históricos de la sociología y del pensamiento comunalista español?

"Hombre de busto titánico y de rostro viril; ancha barba sobre el pecho de bronce; cabeza recia de recio pelo alzado; todo él un león de leyenda. Ibérico auténtico...". "Así describió a Joaquín Costa un gran escritor argentino, que asistió como periodista, en 1908, a las sesiones de las Cortes Españolas en que el León de Graus destruyó, con su presencia en Madrid, la ley contra el terrorismo presentada por el gobierno de Antonio Maura".

Prolífica, y titánica, es la producción intelectual de Joaquín Costa. Pero entre su inabarcable y diversa obra, que trata sobre Derecho, Economía, Historia, Religión, Política, etc., se encuentra una que resume mejor su pensamiento, fértil en ideas trascendentes, extraídas mediante su colosal poder de investigador, de las capas más profundas de los pueblos de solera hispánica. Me refiero al "Colectivismo Agrario en España".

Se reivindica en esta obra el origen español de las doctrinas modernas colectivistas. Desde Juan Luis Vives —siglo XVI— en quien la escuela sociológica se anuncia como oscuros presentimientos, hasta Florez Estrada —siglo XIX—, en que se hace disciplina concreta del pensamiento y ya es incluso "gacetable". Se trata, en efecto, de la idea que subordina la propiedad del suelo al interés general y llama a su disfrute a todos los hombres. Es la socialización de base. Costa realiza a estos efectos una meticulosa valorización de todos los pensadores que le preceden, y no meramente de sus trabajos, sino que extrae de los estratos básicos de la historia popular hispana ingentes materiales que, incidentalmente, constituyen hoy una fuente de consulta y estudio, quizá la más auténticamente creadora a la que deberían acudir las jóvenes generaciones.

Su colectivismo, que es expuesto con otras denominaciones por autores nacionales o extranjeros, se presenta fundamentando toda su argumentación en la experiencia comunal hispana, muy anterior a la romanización de la Península Ibérica. Las conclusiones obtenidas por Costa en su obra se cifran en la existencia de

una escuela original colectivista, comunal, cuyo contenido sociológico deja perfectamente demostrado.

Los datos esenciales que aporta en su "Colectivismo Agrario en España", y que tienen un valor permanente para juzgar con sentido crítico el largo período de la decadencia cultural y política de España, vienen a revelar la indiferencia del público culto de su tiempo hacia esa escuela de pensamiento. Tal hecho irritaba a Costa, por injusticia implícita, y habida cuenta que, mientras entre sus compatriotas se patentizaba la indiferencia a sus ideas, gozaban de amplia difusión y audiencia entre el público español teorías coincidentes, "pero tardías", de sociólogos europeos.

Desde luego, la obra de Costa es descomunamente árida. Mas no obstante su aridez, deja bien demostrado en ella que, tanto en el orden de las experiencias sociales de base, como a lo largo de diversos períodos, y asimismo como en el campo de la investigación y sistematizaciones teóricas, los españoles llegaban a la primera revolución industrial perfectamente equipados para abrir caminos a una evolución del régimen comunal. Si bien la incapacidad de las clases dirigentes del país había de condenar toda esta formidable herencia social e intelectual a la más absoluta esterilidad.

Un comentarista de las obras de Joaquín Costa, el asturiano Zapico, refiriéndose al "Colectivismo Agrario en España", dice en la Revista "COMUNIDADES":

"En un orden de rigurosa comprobación de hechos experimentales, que ofrece una sorprendente afinidad con las investigaciones sociológicas de nuestros días, buena parte del "Colectivismo Agrario en España" se dedica a la recopilación de materiales ordenados cronológicamente para tipificar todos los modos variadísimos de comunidades de vida económica y social, que integraban el milenarismo régimen comunal español, incluyendo en sus manifestaciones alguna de las formas adquiridas en la experiencia indiana.

"Asombra la absoluta falta de con-

tinuidad que, tanto en la reflexión intelectual teórica como en el trabajo sistemático de investigación, ha encontrado esta estructura del comunalismo agrario "redescubierta" por Costa, lo mismo en su propia generación que en las sucesivas hasta el momento actual. Sin embargo, la proyección metódica de la gran cantera de materiales acumulados por Costa hasta la realidad social presente sigue siendo una incitante empresa de estudio de la realidad nacional más fundamental, que espera constantemente la atención de las modernas promociones universitarias de investigadores sociales".

(Ante la perspectiva de cualquier plan de investigación que se proponga enlazar los materiales y períodos de historia estudiados por Costa, con la hora actual, deben considerarse los que ofrece la revolución española 1936-39, y como realizaciones del pueblo base, las colectividades que fueron, en rigor de la sociología hispana, rebotes de semillas depositadas en nuestra tierra por perennes y milenarias generaciones de familias que cultivaron, por razón instintiva y costumbre, la vida en común).

Los innumerables estudios que Joaquín Costa legó al patrimonio cultural hispano nos lleva al convencimiento de que las enormes lagunas que como "males contemporáneos" aquejan a los pueblos ibéricos no necesitan de modelos sociológicos extraños para su remedio; antes bien, encontrarán en ellos nuevos cauces de perturbación y alineación. Por el contrario, en la propia experiencia histórica colectiva radican pautas indicadoras del correcto tratamiento de los desajustes de la vida hispana de nuestro tiempo.

En la obra de Costa es igualmente notable un depurado criterio de objetividad científica que él puso, rehuyendo todo propósito de infundirnos, al hilo de sus estudios, juicios políticos propios. El lector se impresiona al encontrarse continuamente ante el impacto que produce en su mente hechos que son la obra asociacionista de los pueblos ibéricos, al extremo de condicionar sus formas intelectuales más genuinas.

Desde luego, un conocimiento profundo del pasado comunalista de nuestra historia forzosamente tiene que encontrar obstinadas resistencias mentales y psicológicas en el hombre moderno que ha desarrollado fuertes tendencias, hábitos y gustos que se engloban en la personalidad individualista exacerbadamente.

Pero la tendencia al conocimiento y estudio del pasado, ni debe convertirnos en estatuas de sal, cual mujer de Lot, ni tampoco arrastrarnos, por opuesta reacción, a supervalorar lo mucho que tiene de espectacular, superficial y pasajero, el progreso de aluvión de la vida moderna.

En un brillante prólogo al "Ideario de Costa", escribió Luis de Zulueta:

"Pensaba Joaquín Costa, recordando el relato evangélico, que España, enferma, parálitica, permanecía inmóvil, sin remedio, al borde de la Tehsáida. No podía salvarse, no podía purificarse y redimirse en las aguas de la vida, agitados por el hálito divino, porque no había surgido aquí 'el hombre', el hombre de alma de fuego y mano de hierro, el hombre capaz de forjar un pueblo y de desentumir los miembros paráliticos de la nación, agarrotados por un régimen de 'feudalismo orgánico'... **Hominem non habeo!**"

Paradójicamente, el hombre que tanto hizo por descubrir, por desenterrar la obra, que no es otra cosa que el testimonio de la existencia de un gran pueblo, no terminaba de ver la presencia de ese pueblo.

Todavía hoy es elocuente la pregunta que muchos de los que estudiaron a Costa se hicieron:

"¿Es España un gran pueblo que no encontró a su hombre, o es Costa el gran hombre que no encontró a su pueblo?"

Por nuestra parte, creemos que ya no se trata solamente del pueblo peninsular, aunque en el mismo se encierran la lección y la semilla. A nivel de nuestro tiempo, el ideal tiene por ancho horizonte al mundo iberoamericano, gran familia de pueblos con deslumbrante porvenir...

EDUARDO

L.

FUENTES

Conozco a Eduardo L. Fuentes desde hace muchos años; nos encuadró el azar en una asociación literaria internacional, y tras el encuentro fortuito vino el conocimiento y la amistad; una amistad larga y sólida; puramente epistolar pero buena. Creo que las cartas son capaces de hacer amistades de buena ley.

Dicen que la literatura epistolar está hecha de fórmulas y de convencionalismos; que como las memorias, se escribe pensando en la galería. Pero lo nuestro no tuvo jamás pretensiones literarias, ni por una ni por otra parte. Creo que vinimos a escribir nuestras cartas con lealtad, con sinceridad y con lo que vale más aún, con espontaneidad.

Es verdad que las palabras escritas deforman sin querer los pensamientos, que más aclara un diálogo vis a vis, de media hora, que diez cartas, pero cuando no se escurre el bulto todo se ve a las primeras de cambio, también a lo lejos.

Eduardo descubre desde el primer momento su flaco poético, su vocación número uno, su pasión por la poesía.

Yo sabía, claro es, desde la primera hora, que era poeta activo, que escribía versos, que estaba en la nó-

mina de los cultivadores de la poesía pero, como dice esa frase tan manoseada y tan vieja, "ni están todos los que son ni son todos los que están".

Pronto vine a corroborar que Eduardo era poeta hasta los huesos, por dentro también, hasta la médula, que era poeta "medular", si es que se puede decir así. Hablando entre nosotros de todo lo humano y lo divino comprobé satisfecho que en Eduardo no había trampa ni cartón.

Ya está presentado el personaje, ya está definido. Ser poeta en todo, vivir llevado en volandas por la poesía es estar libre de muchos lastres y tener fundamento para el buen hacer.

Todo este preámbulo quizá sea útil para explicar su "Guirnalda"; para comprenderla; para calibrar su interés, su emotividad, su mérito. Su "GUIRNALDA" no es un trofeo ni una condecoración; es un libro de poemas, el más granado de los libros del buen poeta mexicano. Si al hombre se le conoce mejor que nada por sus obras, aquí en este poemario tenemos un testimonio calificado.

Ya hemos descubierto que Eduardo ha escrito otros libros; yo puedo decir que muchos. Y todos, todos los

que conozco por lo menos, están tocados de poesía, aunque algunos ni por la forma ni por el fondo sean propiamente poéticos.

Eduardo L. Fuentes cultiva con éxito varios géneros literarios, aparte el verso; la crónica, el teatro, el ensayo... Quizá también sea digno de figurar en la lista el género epistolar, precisamente el epistolar, de que empecé haciéndome lenguas. Hay cartas y cartas; cartas corrientes y molientes y "epístolas"; cartas con categoría literaria, con empaque y énfasis propios.

Eduardo publicó en su diario de Saltillo durante meses unas cartas que fueron muy celebradas, "Cartas a Estela".

Estas sí, eran cartas con trampa, cartas literarias. Estela, que podía ser una señorita o una dama, era simplemente una ficción.

Mi amigo nació en esa ciudad que acabo de nombrar al decir que fue colaborador de uno de sus periódicos, Saltillo. Es un pueblo de la altiplanicie del Norte, del Estado de Coahuila, el mismo donde nacieron, para no rebuscar mucho, dos figuras eminentes de las letras mexicanas, el poeta romántico Manuel Acuña y el no menos famoso literato e historiador Carlos Pereyra.

Yo casi me sé a Saltillo de memoria, a fuerza de presentirlo, con algunos rincones todavía de sabor colonial y con sus instituciones de ciudad moderna, adelantada y rica. Sé de sus calles, de sus centros culturales, de sus teatros, de sus recitales. Hasta conozco un poco la casa del Gobierno, de cuando estaba en ella don Raúl Madero, hermano del personaje histórico del mismo apellido, que me honró con alguna deferencia por intermedio de Fuentes.

En la catedral de Saltillo, en su altar mayor, está expuesta a la veneración de los fieles, una talla antigua legada por los colonizadores; una imagen de nuestra confianza, quizá salida de los propios talleres de los imagineros compostelanos, una talla del Hijo del Trueno, de nuestro Señor Santiago. El Apóstol preside; es el Patrón de la ciudad.

Ahora, hace unos días, me llegó de México, en "pequeña velocidad" como se dice de las mercancías pe-

por Emilio Marín

rezosas en términos ferroviarios, el "penúltimo" libro de Eduardo, el que tiene la tinta más fresca; esa "guirnalda" de su gloria de que estoy haciendo eco.

Yo he renunciado al uso de la jota para referirme a aquella gran nación hispánica o a sus cosas, para seguir la consigna ortográfica de todos los buenos amigos que allí tengo. Si de un Meshico primitivo, real o supuesto, se deriva como más directo México, ahí se está con la equis tan santo y tan bueno: ellos son, los mexicanos, los que en definitiva tienen que disponer.

Pero vamos al grano. "Guirnalda" es un libro jocundo y bonito, hecho un poco al modo de ayer, pero con ánimo de que sea para siempre. Eduardo, que peina muchas canas, por viejo ya (no "te me" enfades, si vienes a leer estas referencias) y por americano, tiene preferencias, como es natural, por la poesía clásica, y no en balde es sonetista muy diestro. Pero no se asusta de muchas licencias y hasta las usa cuando viene a pelo y con bastante garbo.

Abren el libro varios artículos en-

comiásticos de escritores de España y de América, de fuera y de casa, y uno de ellos, ¡quién había de decirlo!, es mío; un artículo breve, sin merecimientos para ser prólogo de nada, escrito de prisa y "soplado" por las impresiones positivas que me merecieron unas flores anticipadas de esta "Guirnalda" de hoy tan perfecta. Desde entonces habrán pasado quizás dos años; yo ya ni me acordaba de que el libro siguiera cociéndose.

Ahora ando un mucho vanidoso, vanidoso "de nuevas", con este honor de ver mi nombre en la calle en tan florido cortejo, en olor de las mejores esencias saltillenses.

**...y en el huerto, el limonero
y el membrillo y el naranjo,
de sus múltiples perfumes
sueltan los potros alados...**

Creo que no es para menos. No tengo nada que rectificar. Mi criterio de ayer vale plenamente para hoy.

Decía yo en aquellas líneas de presentación una porción de cosas que podrían valer para esta refe-

rencia; y me doy el gusto de actualizar un párrafo para concluir.

"Eduardo tiene en su mente un venero inextinguible de poesía; está en trance permanentemente; al habla siempre con las musas para no perder ocasión de recoger sus preciosos mensajes. Recientes sus paráfrasis de Rabindranath Tagore, hechas en mármoles de clásica prestancia, en sonetos sonoros, ahora presenta o va a presentar más de cien poemas que son "un alabar a Dios", una estupenda ofrenda floral a los dioses y a los mortales..."

Eduardo siente que el México de hoy no es tan suyo como el de ayer, como el de su juventud. Allá en casa pasa igual, eso decimos y sentimos todos los viejos. Debe ser un fenómeno natural.

Por eso, precisamente por eso, da a algunos versos suyos un regusto de gratas resonancias hondas, como un encanto dorado de nostalgias.

**...Haré cantar a las piedras
y a las arenas del río
cuando el sol vista de espejos
el agua, que se ha dormido...**

LAS MEJORES HORAS DE DESCANSO SE LAS PROPORCIONA FABRICAS BARRERA

DISTRIBUIDORES EN EL D.F.

Mueblería Olimpia
Artículo 123 No. 46
Tel. 18-37-59

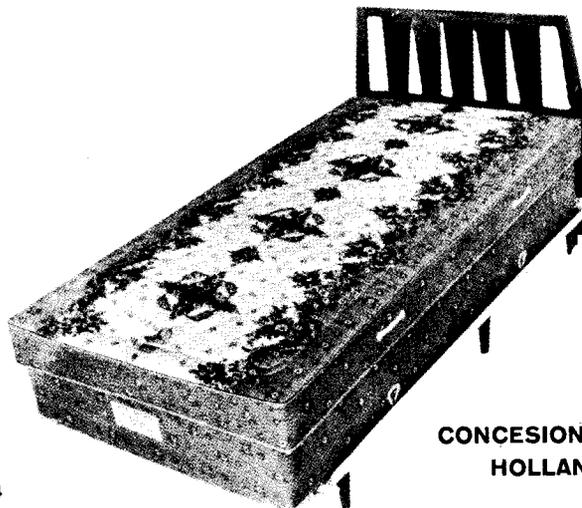
Colchonería Ruiz
Puebla y Monterrey
Col. Roma

Av. Universidad No. 936-G-1
(Aurrerá Universidad)
Tel. 34-53-59

Av. Cuauhtémoc No. 787 "A"
Col. Narvarte
Tel. 43-27-33

Sonora No. 32
Col. Roma

Av. M. Avila Camacho No. 491-L-4
(Aurrerá Lomas)



COLCHONES FINOS
DE MEXICO, S. A.

116 PONIENTE No. 674
INDUSTRIAL VALLEJO

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS DE
HOLLAN, MICHIGAN, U.S.A.

B. BARRERA Y CIA. DE MEXICO, S. A.
REAL DEL MONTE 13 COL. VALLE GOMEZ
TELEFONOS: 17-66-19 Y 17-67-38
MEXICO 2, D. F.



“EL”

ULTIMO POEMARIO DE Saldarriaga

por Miguel A. Varillas V.

“EL”, Emilio Saldarriaga García.— (Pequeña antología).— Ilustraciones de Henri de Lescoet (francés).— Ediciones “poesía”.— Talara, Perú, mayo de 1969.— Impreso por Talleres Gráficos de Impresores, S. A., Piura.— 32 págs. 11 x 15.—

Es una selección antológica de la poesía de Emilio Saldarriaga García, desde marzo de 1956 hasta febrero de 1969, en la que el poeta canta su verso triste, inédito del presente, que se avergüenza de llorar la lágrima en su tiempo; verso rebelde, verso en soledad, verso que le duele mucho el corazón, verso que protesta, verso para los pobres, para los niños del mundo, verso sin banderas ni fronteras, verso lleno de amor para todos.

En “Este verso mío”, dedicado a Julio Aristides, el autor se autobiografía poéticamente, pues, su verso es así, rebelde y de protesta unas veces; triste y melancólico otras.

En verdad, este pequeño poemario, más que antológico es autobiográfico, como nos los sigue demostrando el autor, en su “Gracia de Universo”, dedicado a nuestro colega y amigo, José H. Estrada M., cuando dice: “Esta gracia que ha crecido más en mí, / y de golpe se quiere salir / de mi universo; / te la doy, hermano mío, / yo no importo; / hoy te la ofrezco, / porque el día es más día, / porque la noche es más noche”.

Melancólico y sentimental, como es, Emilio Saldarriaga no puede desprenderse del tema lacerante de todos sus poemas: la soledad, y dice: “la soledad se ha abrazado / con la amistad; / la tristeza es hoy hermana de la alegría.”

Optimista siempre, lleno de fe en la vida, porque ese es el secreto de su calidad poética (poeta sin fe, no lo es), reafirma el permanente mensaje de todos sus libros: “donde hay esperanza, / siempre sale una mañana llena de sol.”

En su poema a César Vallejo, la tristeza y la soledad continúa palpitando en el sentimiento del poeta, cuando dice: “Qué tristeza / hay en la profundidad / de este hombre / que tiene por amigo / la soledad.”

Saldarriaga, sufre la soledad y le teme. Y acude a aquella persona que nunca abandona a los hombres, para pedirle ayuda: “¡Madre mía, dame tu blanca mano y no me sueltes!”

Pero si es verdad que la soledad embarga al poeta, él sabe bien que hay alguien que lo recuerda. Lo leemos en su poema XXI, dedicado a Miguel Ángel Rodríguez Rea, dilecto y común amigo del poeta y de este comentarista. Afirma Saldarriaga que: “En un lugar de la tierra / alguien piensa en mí, / me espera, llora una lágrima, / dice una palabra / que no alcanzo / a comprender, / sabe mi nombre y no me conoce. / ¡Qué suerte la mía! / ¡Alguien piensa en mí!”

Saldarriaga vive la tragedia del mundo, la siente y la sufre, el sufrimiento lo obsesiona y martiriza, lo preocupa y no lo deja vivir, por eso, dice: “pensar en el pan para mañana, / es ya un golpe tremendo en el pobre. / Ver el rostro de un niño triste, / es como si el mundo / estuviera muriéndose”.

La soledad calcina los huesos del poeta y lo hace decir: “Me estoy muriendo; / pero muriendo de infinito, / se me ha desgarrado la raíz mayor / de mi esqueleto. / No quiero una despedida así, / tan inesperada / en un minuto sin horario. / Si al menos tuviera un amigo / le diría: / ¡Amigo, dame un poco de vida, / tan crítico todo esto!”.

Tras las cuencas que muestran los huesos quemados de ausencia, hay en el verso de Saldarriaga un halo de esperanza, que los nutre todos los días y no deja que sus huesos se rompan, por eso, espera al amigo que vendrá, al amigo que espera hecho siglos de ausencia, sus ojos rotos de silencio, con sus manos fraternas, sus palabras de belleza, y entonces, conversará con él de las cosas de la vida, del niño que espera el pan en un beso, del héroe anónimo, de cómo se arma un periódico, la magia y belleza de una rotativa. Emilio Saldarriaga canta aquí al ente universal, a la comunicación entre los hombres, a la confraternidad, haciendo su poesía de dimensión humana y universal.

CORRIENTES ACTUALES EN LA POESIA ARGENTINA

por Luis Ricardo Furlán

No es casual que tratemos de fijar algunos aspectos de la actual poesía argentina apelando al símil del movimiento de las aguas, porque como éstas el canto, también, es caudaloso, cambiante y eterno. La vertiente encausada va deshilando su enamoramiento en multiplicidad de afluentes que, en definitiva, conforman un delta verbográfico donde asienta la estructura total de la poesía. Los poetas, verdaderas islas comunicadas, bucean en la profundidad buscando identidades que los individualicen. El proceso de creación no está en el deslumbramiento de **ver** sino en la actitud de **ser**, para alcanzar el estado de agonía en que todo proceso de fundación deriva después de institucionalizarse. Malquistaría a unos y a otros coincidir en la circunstancia y no ser protagonistas ajustando los estadios

de cada uno como en un auténtico rompecabezas.

En la poesía argentina, ya que de ella tratamos, hay un signo que vertebrata su peculiaridad, y es el **neohumanismo**. Esta señal que aparece claramente en la década del cincuenta, sigue a la vanguardia de casi toda la poesía contemporánea y es una de las claves anecdóticas de su verificación a nivel ético. Nadie dudará a esta altura del acontecimiento del hombre que su incidencia en el universo es total; su raíz sostiene el árbol existencial y sus hojas más altas rayan el espacio. Caracteriza al **neohumanismo** cierta reubicación del ser en el cosmos espiritual, sin alejarse de lo circundante. No pretendemos sentenciar la posibilidad revolucionaria del concepto, pero sí destacar cómo ella aparece en un

instante crucial de la humanidad y persiste, con diversas tonalidades, en un período que no se distingue realmente por su coordinación y diálogo. Justamente, la necesidad de comunicación que reclamamos paradójicamente en un tiempo donde esos medios alcanzan su máximo desarrollo, en apariencia no hacen otra cosa que aislar al hombre en una torre de piedra. El **neohumanismo** parte de un signo inexcusable: el hombre y la diversificación de sus temas en un regreso a éste "en lo que en sí mismo tiene de existencial y sagrado".

Los matices del neohumanismo, que ya han sido considerados extensamente por otros autores con seria y prolija evaluación, abarcan la gama total de la integración creadora y de los niveles de captación. Lo social, lo histórico, lo puramente creacionista tienen calidez **neohumanista** y conforman lo esencial a rigor temporal. Debemos aclarar, si es preciso, que la actitud **neohumanista** es de interrelación y no de aislamiento. Va desde el hombre real, de su estructura de carne y hueso, a una poética vital que programe su destino, desentrañe su metafísica, su religiosidad trascendente, sin desechar ni desconocer su relación palpable con la comunidad. Acaso sea el centro de esta cuestión restablecer la ética del medio, es decir, solventar lo estético para canalizar la pretendida comunicación del hombre histórico. Porque todos reconocemos, valga la insistencia, que el hombre actual tiene generativa decisión de compulsar de su problemática y fervor de resolverla, no sólo en la instancia pensante sino en la material y pedagógica. Habrá de verificar en esas actitudes frontales la autenticidad del quehacer.

La social es, tal vez, el gesto al que el hombre poético de hoy más se inclina. También, es donde mejor se confunde. La poesía, por su misma esencialidad, se aventura a través del caos y descubre —o quiere descubrir— la claridad. No es poesía social aquella que cierra y parcializa los estadios humanos, en cualquiera orientación, sino la que asigna a la dinámica cotidiana cierta y necesaria proyección integral.

El esquema social de hoy, en su función política y adoctrinante, carece de la suficiente validez para permanecer, para ajustar su intensidad en los campos y polos de la contienda. No descartamos que ese abigarramiento es necesario para que los verdaderos ecos se autoseleccionen y aplacen los actos de simple protesta en beneficio de la estabilidad del ser.

Si abordamos lo histórico, sus pautas no son menos excluyentes. Toda nuestra poesía contemporánea—especialmente la latinoamericana— está en un generoso proceso revisionista. Claro está que, para nuestro personal concepto, no sólo lo histórico se revisa o reestudia a nivel de acontecimiento o anécdota, sino que, en versión realista, tiene que reubicarse en lo regional, en lo paisajista y en lo creacionista con absoluta lealtad consigo mismo. Basta con desandar los efectos para descubrir las causas. La causalidad revisionista resulta esclarecedora si el poeta no se sustrae a su condición de autenticidad. Esta posibilidad poética se comprende mejor si se rastrea el mapa de la poesía americana. Hay en él puntos de coincidencia que restablecen al poeta a su antiguo oficio de cronicante o pregonero. La estructura cultural indivisible que da el **neohumanismo** facilita la coordinación causal.

Resumiendo, el testimonio del poeta, su preocupación ética, es la reordenación de un mundo real que habita y lo contiene. Toda la poesía argentina, en sus distintos matices, acentúa su compromiso con el hombre integral, rechaza la veda comunicativa y se afirma en sus principios básicos: relación, creación, proyección. Esta alineación de puntos equilibrantes y, a la vez, concéntricos, no es propiedad exclusiva ni mucho menos de nuestra poética. Toda la poesía actual, si se la compara, juega dentro de ciertos cánones similares que le adjudican veracidad y continuidad. De alguna manera, esos islotes canalizan el tumulto de las aguas correntosas y permanentes.

El Palomar (Argentina), octubre de 1969.

LA FUNDACION MITOLOGICA DE BUENOS AIRES

¿Y fue por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la patria?
Írían a los tumbos los barquitos pintados
entre los camalotes de la corriente zaina.

Pensando bien la cosa, supondremos que el río
era azulejo entonces, como oriundo del cielo,
con su estrellita roja para marcar el sitio
en que ayunó Juan Díaz y los indios comieron.

Lo cierto es que mil hombres y otros mil arribaron
por un mar que tenía cinco lunas de anchura
y aun estaba repleto de sirenas y endriagos
y de piedras imanes que enloquecen la brújula.

Prendieron unos ranchos trémulos en la costa;
durmieron extrañados. Dicen que en el Riachuelo;
pero son embelecocos fraguados en la Boca.
Fue una manzana entera y en mi barrio: en Palermo.

Una manzana entera, pero en mitad del campo,
presenciada de auroras y lloviznas y suestadas.
La manzana pareja que persiste en mi barrio:
Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga.

Un almacén rosado como revés de naipe
brilló, y en la trastienda conversaron un truco;
el almacén rosado floreció en un compadre
ya patrón de la esquina, ya resentido y duro.

El primer organito salvaba el horizonte
con su achacoso porte, su habanera y su gringo.
El corralón seguro ya opinaba Irigoyen,
algún piano mandaba tangos de Saborido.

Una cigarrería sahumó como una rosa
el desierto. La tarde se había ahondado en ayer;
los hombres compartieron un pasado ilusorio.
Solo faltó una cosa: la vereda de enfrente.

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires:
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

JORGE LUIS BORGES.

*Recordando
al Poeta
Vicente Medina*

Allá por la segunda década de nuestro siglo, tuvimos la oportunidad de conocer al poeta don Vicente Medina que, llegado a la República Argentina en los finales del pasado siglo, como emigrante, habíase integrado totalmente en las letras del país, ya que, en las peninsulares, era respetablemente conocido y estimado.

Residía en la ciudad de Rosario, la segunda grande urbe del país, rica en su producción triguera y siendo su puerto el granero de la nación y algunas repúblicas fronterizas; también, justo es consignarlo, la que seguía en sus aspectos culturales y científicos a la nación. Pues bien, allí lo conocimos siendo el que esto pergeña un joven estudiante del famoso —en su provincia— Colegio Sarmiento, en el cual don Vicente dictaba clases de literatura española.

Un grupo de intelectuales ya de prestigio, predominaban en las letras de la ciudad con proyecciones en la república, como los Lagos, fundadores del importante diario "La Capital", decano de la prensa nacional, el pintor y escritor Eugenio Fornell, Juan Luis Ferrarotti, el historiador don Juan Alvarez, el dramaturgo don Camilo Muniagurria, el escritor Alfredo Chiabra (Atalaya), Maximiliano M. Monje, los poetas Marcos Lenzone, Domingo Fontanarrosa, Juan Orozco, Juan López de Molina, los comediógrafos hermanos Duval Méndez, Deffilippis Novoa y Alejandro Berrutti, como de muchos iniciadores en las letras, que asiduamente colaboraban en revistas y diarios, como "Monos y Monadas", "Bohemia", "La Pluma" y "Alas", asimismo, en las publicaciones de Buenos Aires y de otras provincias. Era, por lo tanto, un venero de cultura que hacía respetable a la vieja ciudad santafesina.

Don Vicente Medina, al cabo de algunos años logró afianzarse, siendo un contable de prestigio, respetado profesor y literato de mérito que imprimía una revista mensual, escrita íntegramente por él, denominada "Letras", en la cual se comunicaba con el mundo literario, pues circulaba "por ambos mundos", como solía decir...

por Braulio Sánchez Sáez



Había logrado una cómoda fortuna, actuaba en una firma comercial de respetables finanzas, poseía una quinta en los alrededores de la ciudad y una casa, repleta de familiares y, naturalmente abundantes libros, dignos de valor, por sus firmantes.

Publicaba —de su peculio, desde luego— sus obras que anunciaba “completas”, ya que los editores, tanto de España como del país, no se “atreían”, como siempre, a tamañas aventuras y mucho menos con un autor “regional”, aunque no lo fuese en muchas de sus notables publicaciones.

Hasta el 1928, había publicado de sus “Obras Completas” treinta volúmenes, lujosamente impresos, casi siempre ilustrados por su pariente el pintor Medina Vera, firma prestigiosa que desde tiempos lejanos era ilustrador de la famosa revista “Blanco y Negro” de Madrid; valorizando estéticamente cada volumen, pequeños en su tamaño, como de “bolsillo”, que daba gusto poseer y de suma aceptación en los numerosos lectores que apreciaban verso y prosa del emigrante murciano.

Don Vicente Medina ya era celebrado en la península. Sus “Aires Mur-

cianos” que se publicaron allá por el año 1890 —sobre poco más o menos—, en la famosa biblioteca “Mignón” de Barcelona, según creo, le dieron fama y de su obra se ocuparon, entre otros muchos, Leopoldo Alas (Clarín), José Martínez Ruiz (Azorín), Luis Bonafoux, Vicente Blazco Ibáñez, Eduardo López Bago, Ramiro de Maeztu, Gabriela Mistral —desde Chile—, Justo López de Gomara, Eduardo del Zas, Luis Pardo García, Juan Torrendell; estos cuatro últimos en Buenos Aires, todos ellos de prestigio.

En sus “Obras Completas” fue publicando la totalidad de sus obras, que hoy resulta muy difícil encontrar; entre ellas sus poesías, su teatro, sus estudios, crónicas y cuanto material literario había producido durante treinta años.

La crítica recibía elogiosamente sus obras y sería largo citar las opiniones y juicios que valorizaron su extensa y rica producción.

Al advenir la República Española, como buen liberal, marchó a la península, ese no fue un motivo capital, otro mucho más hondo fue la causa. La muerte de su esposa y compañera, poco después el casamiento de su única hija; viaje éste, que tal vez amortiguara su soledad, también, no obstante, el deseo de ir a su tierra, ya célebre, y ver cómo la República había transformado el “agro” murciano. . .

Regresó un par de años después completamente desilusionado con lo que vio; se reintegró a sus tareas de contable, tuvo “no sé qué asuntos con la casa comercial en donde actuaba”, el caso fue **que fue encarcelado**, por no sé qué dineros. . . y pasó algunos años en la prisión. En libertad, cuando se pudo comprobar su inocencia, desprestigiado por la causa, sin fondos, murió silenciosamente en el olvido, perdiéndose su “fama” con el advenimiento de nuevas promociones literarias, tanto en España como en la República Argentina, en donde tanto vivió. . .

Hoy son muy pocos los que le recuerdan, sus libros, difíciles de encontrar, sin nuevas reediciones, su nombre es apenas algo del pasado, lo mismo que sus “Aires Murcianos” que tanto gustaron en su tiempo.



VINCENZO GRANATO

AMIAMOCI

La liberta e luce, e resta luce
quando l'onesto avanti va . . .
senza piegare al truce;
la santa verita.
Di un sol colore e il nostro sangue;
la terra langue, senza l'amore.
Stride la ruota l'orlo dei molati,
su tante vite spente dalla fame;
E sugl'inermi piccoli malati,
lungi da noi; or per grandezza infame!
Dura il somaro sotto quella frusta,
E tira il carro quasi nel valore;
Mentre il bel canto, su per la strada giusta . . .
stende la vita sempre nel dolore.
Oh, quante spine entrano nel cuore
di Chi non vuole sangue fra noi fratelli.
La terra spesso - spesso si ribella . . .
ai succhiatore alati pipistrelli.
La notte nella cheta e sempre Luce . . .
Per spegnere l'odio e fuoco che conduce
le carni 'n fraticide e in nera fame!
Amiamoci, amiamoci di piu . . .
Nel veritiero Segno del Mistero.

VERDAD

La Revista Hispano-Americana "NORTE",
Es una rosa perfumada;
Tiene alma y cuerpo siempre en vida
Por el perfecto lenguaje español
Que tiene gran amor para las Artes
Todas ideales de bienes entre los pueblos.
Don Fredo Arias y sus colaboradores;
En ésta —dan más fuerza de luces y claras
Voces a las obras de verdaderos valores
Humanos.
Arte, Literatura, Poesía, Ciencias,
La historia y la tierra en hermosura
Con todo lo bello y lo bueno —en NORTE—
Rosa de Revista —bien ilustrada
En clásico estilo que rinde fácil y agradable
La lectura.
En efecto, cualquiera me daría razón
En el decir que NORTE es una Revista maravillosa
De voz histórica llena de estimación
Y que se llama: Obra Grandiosa.
Por eso todos los artículos son
Como la mar azul bajo el firmamento
Estrellado; me dice el hado del corazón:
Las estrellas de NORTE —Rosa de Revista—
Hispano-Americana —son la conclusión
Brillante de las plumas de los escritores
Y naturalmente de la Polar Estrella—.
Se hace sentir su benigno influjo
Sólo por gran amor que tiene para
Los hombres de buena voluntad; y te mira . . .
Con el deseo de paz por todo el Mundo;
¡Porque del hermoso MEXICO es HIJA!
De allí, en la Revista NORTE —hay en auge
El espíritu idealista que nos obsequia
HOMBRES como el CERVANTES, el GARCIA LORCA
Y muchos otros grandes de Arte y Cultura.
Me honro decir en conclusión
Que: NORTE —es como la mar que besa
Toda la tierra siempre en florecencia;
Porque tiene contenido en la imprenta
De verdad y libertad que ama y canta.
A la hermosa Revista NORTE de la Hispanidad . . .
Envío mi poema de simplicidad
Y un cariñoso saludo.— ¡De la ITALIA!

Nápoles 10 de agosto de 1969.

¡TU MAR!

Para la revista NORTE

Sobre su lomo azul o verde malva
donde los vientos duermen sus quereres
navega el pensamiento que prefiere
volar a ti ¡oh México del alma...!

Y es tanto lo que apura ya su carga
en ese idealizar, que nunca muere,
que siento que mi espíritu se atreve
a desprenderse, por su ansiada calma...

Y navega ese mar a toda vela...!
Igual que si cortara las amarras
no surcando impertérrito las olas.

¡Todo mi pensamiento lo revela!
Abandonada queda aquí su talla
mientras surca tu mar de caracolas.

Blanca R. GONZALEZ BARLETT
(Argentina)

LA NINFA REBELDE

A una ninfa enamoraba un sátiro
Con música de su triste citara
Mas ella entrevió la intención pícaro
Y en los cuernos le rompió su cántaro.

Vengativo convirtióla en pájaro
Por magia del genio de su jicara
Y engullólo en forma asaz opipara
Sin problemas de conciencia el bárbaro.

Suele ser el sátiro satánico
Si por las buenas no alcanza dádivas
Y con magia puede ser titánico

Quiero recordar a las crisálidas
Que no se defienden del tiránico
Porque de principio están inválidas.

Fredo Arias de la Canal

A CERVANTES

Horas de pesadumbre y de tristeza
paso en mi soledad.

Pero Cervantes
es buen amigo.

Endulza mis instantes
ásperos, y reposa mi cabeza.

El es la vida y la naturaleza;
regala un yelmo de oro y de diamantes
a mis sueños errantes.

El para mí; suspira, ríe y reza.

Cristiano y amoroso caballero
parla como un arroyo cristalino.
Así le admiro y quiero.

Viendo cómo el destino
hace que regocije al mundo entero,
¡La tristeza inmortal de ser divino!

Rubén DARÍO



PINTURAS OPTIMUS, S.A.

PINO No. 428 MEXICO 4, D.F.
TEL. 47-76-20 CON 10 LINEAS

EL GUARICANDILLA

La fuma en la boca, sombrero en la mano;
el traje, dril blanco del número cien;
redondo abanico de penca de guano,
pañuelo al desgaire, bastón de carey,
corbata de un trozo del cielo cubano
y cinto de hebilla de plata nilé.

El era, hace años, un buen tabaquero,
pero el aguardiente le ha echado a perder;
se pasa la vida silbando un bolero,
sentado en el mismo portal del café;
luciendo en la esquina su porte rumbero,
mirando si cruza la negra Merced,
que lleva en los hombros pañuelo encarnado,
pantufas de China, faldón de piqué;
los dientes, lo mismo que el coco rayado;
color de tabaco maduro, la piel;
oliendo lo mismo que cujes en rama
cuando abren los tercios en el almacén;
el cuerpo, bandurria que el negro reclama;
los ojos, dos tazas de negro café.

—¡Mi negra!

—Blanquito: no seas parejero.
Tú a mí no me quieres.

—¡Te adoro, Merced!

Si toda La Habana lo sabe. Te quiero
porque eres lo mismo que caña de miel.

—Vamos, ¿qué me cuentas?

—¡Cremón de guayaba!

¡Jarro de guarapo! ¡Canción de batey!

—Déjate de cuentos, que me pongo brava.

—¡Mi negra sabrosa! ¡Naranja cajel!

—¡Miá que es relamido!

—No apagues mi estrella.

—¡Trabaja!

—Trabajo.

—¿Trabajas? ¿Y en qué?

—José Miguel Gómez me dio una «botella».

—¡Valiente guataca!

—¡Cien ojos de buey!

Te compro tus muebles. Te pongo accesoría.

—¡Déjate de cuentos!

—No hay cuentos, mujer.

Te brindo mis sueños, mi sangre, mi gloria.

—No sigas, blanquito.

—Me rompo la piel

con todos los guapos que pisen la acera
y rondan tu cuerpo.

—¡Qué vas tú a romper!

—Mas, no te me pongas así, parejera,
porque esos corales que yo te compré,
porque esos pendientes, porque esa pulsera
no son «pa» lucirlos al negro, Merced.

El negro Bilongo cruzó el «paradero»
llegó hasta la esquina. Miró como un buey.

—¡Cuidado, blanquito, no seas parejero!

—No es él come-gente.

—¡Si te oye, «pa» qué!

Camisa listada. Los ojos, caprinos;
batiendo los brazos, tortugas los pies,
se acerca aquel negro de andares felinos,
que fue en otro tiempo señor de Atarés:

—¡Arranca o te zumbo!

—¡Señor!

—¿Caballero?

—¡Ah, bueno!

—¿Qué pasa?

—No empuje.

—¿No ve?

Blanquito exagera su porte rumbero.
Mas, bajo el sombrero calado al desdén,
se queda en la esquina silbando un bolero,
mirando que el negro se lleva a Merced.

Redondo abanico de penca de guano,
el traje, dril blanco del número cien;
corbata de un trozo del cielo cubano
y cinto de hebilla de plata nilé.

Alfonso Camín

JOSE MAQUEDA ALCAIDE

A MIGUEL DE UNAMUNO

Homenaje a su obra "VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO".
El Tormes te arrulló con su romance

de purísimas aguas. Salamanca,
sobre tu recio corazón de vasco,
hizo fluir las mieles castellanas.

Te sentiste Quijote en el anhelo
de claras, nobilísimas empresas;
pero Sanchos de frágil barro humano
te quebraron la lanza justiciera.

El mar de tu renombre se hizo océano
y el Antiguo y el Nuevo Continente
conocieron las luces de tu gloria
y ciñeron tu frente de laureles.

Como nuncio de paz, sobre los hombres,
hoy se proyecta tu figura egregia...
Ya renace tu lanza y Rocinante
galopa infatigable a las estrellas.

A JULIO VERNE

Homenaje al gran novelista francés singularmente,
a sus proféticas novelas "Veinte mil leguas de viaje
submarino", "Viaje al centro de la tierra", "Cinco se-
manas en globo" y "Viaje a la luna".

Tu NAUTILUS se agiganta...
En la proa recia y ancha de tu barco submarino
se refleja de la ciencia el poderío.
Tu viaje bajo el agua fue un augurio victorioso
de colosales empresas
que hoy se han visto coronadas por el triunfo.

Viaje al centro de la tierra...
Geología misteriosa hecha de hongos gigantesco
y de helechos prodigiosos y de selvas intrincadas
que existieron mucho antes del diluvio...
Fauna horrible de ictiosaurios,
plesiosaurios, mastodontes...

Tu "VICTORIA" marcha rauda por los aires...
Muchos días anunciando sendas nuevas
de prodigios y conquistas de modernos aeronautas...
Tu VICTORIA abrió su vuelo sorprendente,
dominando muchos riesgos,
bajo cielos deslumbrantes.

Tu viaje hacia la luna
fue en tus días apreciado como una pseudociencia
de imposibles realidades.
Desbordada fantasía. Vana órbita de ensueño...
Y el lector de tu novela se burlaba despiadado
de tus bellas profecías.
Mas tu augurio se hizo carne
en valientes astronautas. Antes que ellos,
tú viajaste hasta la luna.

Hoy te brinda su homenaje todo el mundo.
Y en tu tumba siempre hay flores
en tu honor y tu recuerdo.

LOS CLASICOS

JUAN RUFO (1547-1620). Nació y murió en Córdoba, España. Su padre fue tintorero. Vivió una juventud aventurera y arriesgada en lances de la picardía. Recorrió Portugal. Asistió a la batalla de Lepanto y fue protegido de don Juan de Austria, al que dedicó en agradecimiento su poema La Austríada. En 1586 vivió en Toledo. Años después en Sevilla, donde asistía a la tertulia del marqués de Tarifa. Su hijo, Luis Rufo, fue un notable pintor protegido de Felipe II. Fue también Juan Rufo un importante paremiólogo que escribió seiscientos apotegmas.

SOBRE SU FORTUNA

Aunque pobre y en pelota,
mal de ricos me importuna,
porque el mar de mi fortuna
no le faltase una gota.

A UNA DAMA

Los que ya fueron sin vos
saludables entresuelos,
los hicisteis entre cielos,
porque os hizo un angel Dios.

TOCANDO CIERTA SEÑORA UN ARPA SALTO UNA CUERDA

Dijole Juan Rufo:

Nunca cuerda mató a loca,
antes es muy ordinario
verosimil lo contrario;
tocad, y dirán que os toca.

A UNA PASTORA

Si vais a ver el ganado,
muy lejos estáis de verme,
pues en haberos mirado
no supe sino perderme.

Si vais a ver el perdido,
tampoco me ved a mí,
pues desde que me perdi
por ganado me he tenido.

Y si al perdido y ganado
vais a ver, bien podéis verme,
pues en haberos mirado
supe ganarme y perderme.

CANCIONES

I

Pastora, tus ojos bellos
mi cielo puedo llamallos,
pues en llegando a mirallos,
se me pasa el alma a ellos.

Ojos cuya perfección
desprecia humanos despojos,
los ojos los llamen ojos,
qu'el alma sabe quién son.

Pastora, la fuerza dellos
por espejo hace estimallos,
pues viene junto el mirallos
y el pasarse el alma a ellos.

Muchas cosas dan señal
desta verdad sin recelo
que tus ojos son del cielo
y su poder celestial.

Pastora, pues sólo vellos
fuerza el corazón a amallos,
y la gloria de mirallos,
a pasarse el alma a ellos.

II

Si tanto gana, Pastora,
quien mira tus ojos bellos,
¿qué hará el mirado dellos?

Entre mirarse y mirar
la ventaja es conocida,
como de buscar la vida
a venir ella a buscar,
no le queda qué hallar
a aquel que merece vellos,
sino ser mirado dellos.

Aunque en su luz sin igual
no puede haber competencia,
por oficio hay diferencia
de más y menos caudal;
que si el medio principal
del deseo es conocellos,
el fin ser mirado dellos.

LUIS GALVEZ DE MONTALBO (1549-1591). Nació en Guadalajara, España. Murió en un lugar de Italia, no se sabe cuál. Abrazó la carrera de las armas. Fue un hombre de espíritu audaz y enamorado. Pero su gran pasión fue una dama, a quien él llamaba Filida, doncella nobilísima de la Andalucía. Algunos dicen que pudo ser doña Magdalena Girón, hermana del primer duque de Osuna. A esta Filida dedicó Gálvez de Montalbo lo mejor de su producción poética, aunque su fama la alcanzó con su novela *El pastor de Filida*, novela que fue reimpressa varias veces en pocos años.

Cervantes —en su Canto de Calíope— y Lope de Vega le alabaron cumplidamente.

LOS CLASICOS

LA MUERTE EN DOS POETAS ESPAÑOLES

Hay dos poetas españoles, ambos muertos en plena juventud, que desde que los leí por primera vez me llamaron poderosamente la atención. Los dos vieron venir la muerte y los dos la cantaron con honda voz, que hoy estremece.

El primero de ellos, José Luis Hidalgo, nace en Santander en 1919, para decirle adiós a la vida a la edad de treinta y seis años. Su obra, como la del segundo, es mínima: tres libros de poesía. **Raiz**, 1944; **Los animales**, publicado el mismo año y su libro póstumo que vio la luz meses después de su fallecimiento: **Los muertos**.

El segundo, Carlos Salomón, nace en Madrid en 1923 y muere, ¡atención!, en Santander en 1955, a la edad de treinta y dos años. El primero fue colaborador de la revista de poesía Proel, Salomón es cofundador de la mentada revista. La obra de Salomón se reduce también a tres libros: **La orilla**, 1951; **La sed**, que aparece el mismo año y **Región Luciente** que sale a la luz dos años antes de su muerte.

Como decimos más arriba, los dos están tocados, y son conscientes de ello, por el ala de la muerte.

José Luis Hidalgo titula uno de sus libros, significativamente, **Los muertos**. Y canta la muerte de una manera poco común. Pasemos nuestros ojos por uno de sus poemas.

FLORES BAJO LOS MUERTOS

Bajo los puros muertos, a veces, brotan flores blancas y dolorosas que levemente gimen, porque crecer es duro, porque crecer es triste cuando un cuerpo sin vida en las espaldas pesa. Entonces —escuchad— un pájaro detiene el vuelo de sus alas y se apaga, se apaga, mientras el hombre muerto, sin saberlo, transcurre arriba, más arriba, sobre la tierra, solo. Si en un mundo vacío estas flores crecieran, ¡qué vivamente irían al aire, a la alegría! pero esta muerte mata su breve primavera como un gusano dulce, pisado y amarillo. ¿Y qué? Todo es lo mismo; crecer o derrumbarse, tener sobre la carne una nube o la muerte, doblarse ciegamente, doblarse como un río, con estas blancas flores, leves y detenidas.

En otro poema José Luis Hidalgo, nos dice:

He nacido entre muertos, y mi vida
es tan sólo el recuerdo de sus almas
que, lentas, van soñando entre mi sangre
y sobre el mundo ciego se levantan.

por Juan Cervera

La poesía de José Luis Hidalgo, no tan conocida como debiera serlo, es emocionante, llega directamente al corazón y a veces nos causa asombro, un asombro innombrable. Es un poeta al que hay que volver para bucear en las honduras de sus aguas hasta donde nuestras fuerzas de percepción alcancen.

Carlos Salomón se debate entre la duda y la esperanza. A ratos parece un místico, a ratos un pensador sin fe religiosa que se desespera. Su poesía es lucha; pelea prometeica. Vienen y van las interrogantes por sus versos ardientes y son como espadas que nos hieren o nos llaman a la reflexión. Cae en un patetismo desolador —“Todo es lo mismo”— o se levanta en un arranque de fe nublada por el aletazo de la esperanza —“Acaso después de todo sepamos lo que nos falta. Lo que la vida nos niega quizá la Muerte nos traiga”—. Poesía intensa, al igual que la de su compañero, nos llega al corazón, nos trastorna y nos conmueve. Veamos su poema titulado:

LA SED

I

Tenemos sed. Y esta sed
de todo, jamás se apaga.
Acaso la Muerte pueda.
De eso no sabemos nada.

Mientras se vive, se siente
la sed, y vivir no basta.
Queremos más. Damos más.
El alma le pide al alma.

Queremos más. Y la sed
más crece si más alcanza.
¿Tras de la Muerte de nuevo
la sed a sí misma se halla?

Acaso tras de la Muerte
tengamos respuestas claras.
O acaso no las tengamos.
De eso no sabemos nada.

II

Vamos por el mundo. Vamos
sedientos. La sed nos manda.
De todo queremos. Todo
desde nosotros nos llama.

Acaso la Muerte pueda
calmar la sed. Pero el alma
pide a la Muerte más vida,
nueva sed para más agua.

Queremos vivir, Vivimos,
pero la sed no se calma.
Tememos hallar la Muerte
que apaga y que nos apaga.

¿Es sed de vida o de gozo,
sed de sed, o sed de agua?
¿Es sed de nosotros mismos,
sed de Dios en las entrañas?

Todo es lo mismo. La sed
del hombre, que a solas marcha,
sin saber de dónde viene
ni dónde estará mañana.

III

Todo es lo mismo. La sed
ardiente que nos levanta
como un huracán por dentro
del corazón sin palabras.

Acaso después de todo
sepamos lo que nos falta.
Lo que la vida nos niega
quizá la Muerte nos traiga.

La Muerte, junto a la orilla,
espera; no dice nada.
Y el hombre llega, y le tiende
su mano desde la barca.

José Luis Hidalgo, Carlos Salomón, dos poetas que cantan prematuramente la muerte y se encuentran a renglón seguido con ella. Misterios de la vida, extrañas conexiones que la poesía establece y pregona.